

“Niñachay”

Nozomi

La pintura blanca, que hacía años había cubierto el metal de la escalera, estaba maculada. La loseta del piso estaba rota en algunos surcos, la cual asemejaba por ratos a unas quebradas de un cañón. Las paredes de color celeste y plomo evidenciaban en algunos ángulos que la humedad de la ciudad había hecho estragos en el lugar. El sonido del agua cayendo de un caño mal abierto del baño de hombres, era uno de los pocos sonidos perceptibles en el ambiente.

A esa hora de la madrugada, en los pasadizos del Hospital Sabogal, muy pocas personas estaban atentas a lo que ahí acontecía. Sólo médicos, enfermeras y personal de limpieza caminaban sin cesar, de aquí para allá, para cumplir con sus labores, cual hormigas llevando alimento a su refugio. No obstante, al lado de ese pequeño bullicio, era posible escuchar algunos diálogos de los pocos familiares de los enfermos que estaban hospitalizados.

En el lado izquierdo de uno de los pasadizos, cerca de una larga silla de madera, se encontraban algunas personas. Una de ellas era una mujer que llevaba un vestido sastre de color plomo, con una pequeña insignia con su nombre que colgaba uniformemente de su pecho izquierdo. El moño de su pelo hacía perfecto juego con el par de lentes de color negro que adornaban su rostro. Un gesto de preocupación a través de su ceño fruncido evidenciaba que las palabras que transmitía a su interlocutora eran de una tensión palpante. La señora con la que hablaba tenía el cabello brillante, el olor rancio y las manos mugrientas que azuzaba sin parar, las cuales demostraban lo soez de su educación y actitud.

Al lado de estas dos mujeres había cuatro niños. Uno de ellos, Urpi, de diez años, se estrujaba las manos mientras observaba cómo la fémina del moño se ajustaba las gafas y levantaba la voz. La conversación entre ambas mujeres adultas había llegado a un punto álgido, en el cual, ninguna de las dos daría su brazo a torcer, con funestas consecuencias para inocentes.

Urpi, cuyo nombre significaba paloma en quechua (1), permanecía impertérrita ante lo que sus ojos veían. Otro niño en su lugar hubiera derramado lágrimas, quizá maldecido o hubiera querido romper algo para expresar su rabia. Pero no. Ella se mantenía fuerte. Debía de serlo para quienes la observaban.

Ella había crecido en el campo de la sierra peruana, donde el despertar de cada mañana le mostraba los brillantes rayos del sol, cuyo cielo transparente le hacía saber que la vida ahí era generosa y que bastaba poco para ser feliz.

Proveniente de una familia pobre de campesinos, hasta pocos meses atrás sus únicas responsabilidades habían sido ir al colegio tres veces por semana —cuyo trayecto le significaba recorrer dos horas a pie de ida más dos de vuelta desde su escuela al hogar, ayudar a su abuelo al pastar las ovejas y en la siembra de la papa en el pequeño huerto de su propiedad.

A la edad de cinco años, Urpi había quedado huérfana de padres producto de la violencia terrorista que azotaba la región. Una cuadrilla de veinte miembros de Sendero Luminoso, uno de los grupos emerretistas del Perú, había tomado el caserío donde vivía ella y su familia, acusando a los pobladores de traición hacia su causa. Hombres y mujeres, niños y ancianos, fueron asesinados sin piedad por los rebeldes, dejando sus cuerpos calcinados en medio de la plaza del pueblo. Urpi y tres de sus hermanos se habían salvado de ese genocidio porque el día anterior, su madre los había dejado en la casa de su padre. De esta manera, ella y sus hermanos pasaron a vivir con su abuelo, Pedro Mamani.

«Taita(2)», como lo llamaba Urpi, había sido amable y estricto a la vez, generoso dentro de lo que su pobreza le permitía con sus nietos durante los últimos cinco años. Sin embargo, todo esto cambió en los últimos meses.

El anciano había estado padeciendo de una extraña enfermedad que lo hacía agitarse al hacer sus labores agrícolas y le impedía pasar su comida, produciéndole una rápida pérdida de peso. Ante esto, el hombre, con mucho esfuerzo económico, se hizo ver en los hospitales de su región —cuando conseguía atención médica después de semanas de andar mendigando una. «Es cosa de la edad», era la frase común con la que finalizaban los doctores la cita luego de darle un par de simples calmantes y nebulizarle.

Transcurrido algún tiempo, y sin la atención médica debida, la salud del hombre se agravó, siendo llevado de emergencia hacia el hospital más cercano. Ya ahí, los galenos le realizaron, por fin, algunas pruebas, que dieron como diagnóstico que el «Taita» padecía de fibrosis pulmonar. En el centro médico, los doctores informaron que no contaban con los equipos suficientes para su atención necesaria y que debían trasladarlo, de inmediato, a la capital si es que querían salvarle la vida.

Debido a la pobreza de la familia y con que no contaban con pariente alguno en la región que los ayudase, al principio fue imposible gestionar el traslado de Don Pedro. Poco a poco, Urpi sentía que «El Taita», aquel buen hombre que había fungido de padre adoptivo durante sus últimos cinco años, se iba poco a poco, dejando a ella y a sus hermanos en el más completo abandono.

Si bien al comienzo de la estadía de don Pedro en el Hospital, Urpi se había negado a llorar —debido a la promesa que se hizo a sí misma de que sería fuerte para sus hermanos menores, luego de la muerte de sus padres—, a la niña se le hacía imposible no poder derramar lágrima alguna. Escuchar la indiferencia con la que la mujer de contextura gruesa se refería a su primo, don Pedro, y a sus hermanitos, provocaba que se le estrujase el corazón.

—«Cuando yo muera, no quiero que llores, 'niñachay'(3)» —fueron las palabras que Urpi recordaba que «El Taita» le había dicho en su lecho, poco antes de ser trasladado a la capital gracias a la gestión de una ONG, aunque esto fue demasiado tarde para él.

—Prometo que no lloraré, Taita.

—Señora Mamani, estos niños son huérfanos de padre y madre —habló en voz alta la asistente social del Hospital Sabogal—. Su abuelo acaba de morir hace unas horas. No conocemos de otros parientes cercanos que puedan hacerse cargo de ellos.

—¿Y eso a mí qué? —dijo la aludida haciendo una mueca de desagrado—. ¡Yo no puedo mantenerlos!

—Pero, ¡van a ir a un orfanatorio! —manifestó asombrada la asistente—. ¿Acaso no le importa lo que suceda con ellos?

La prima de «El Taita» se encogió de hombros. Posteriormente, cogió su bolsa que había dejado sobre una de las sillas del hospital rumbo a la salida de éste.

Urpi sintió, como si fuera una cámara lenta, cómo su mano era cogida por la señora que elegantemente estaba vestida y era dirigida, junto a sus hermanos, hacia una furgoneta que la llevaría hacia un centro de menores.

—Cuando yo muera, no quiero que llores, niñachay. ¿Me lo prometes?

«Lo siento mucho, Taita», pensó la niña, mientras percibía que, las lágrimas que había estado conteniendo durante este tiempo, quemaban sus retinas de tanto sollozar.

(1) Quechua: idioma nativo del Perú

(2) Taita: "Papá" en quechua.

(3) Niñachay: "niñita" en quechua.